

En esta colección menudean también las cartas de peticiones bibliográficas; de especial interés son las concernientes a la investigación de Alonso sobre Fernán González de Eslava, en las que pide a Reyes algunos datos que pueden estar en México (por ejemplo, cartas del 3, 10 y 14 de noviembre de 1934, entre otras). Están también las de intercambio de elogios a sus trabajos literarios o críticos. Véase, por ejemplo, la carta del 9 de febrero de 1935, en la que Alonso comenta a Reyes que ha estado leyendo su *Minuta* a Lida, el cual “se ha desatapado y me ha confesado que A. Reyes es el mejor escritor actual en lengua española”, mientras que Alonso dice a Reyes en la misma carta: “He saboreado su banquete sin dejar ni las migas. Y me ha dejado encantado y no ahíto”. Se encuentran, además, las de discusión y planificación de proyectos en común; sin embargo, en una sola carta podían tratar variedad de temas, intentando aprovechar el espacio y el tiempo para comunicar o solicitar al amigo todo aquello que creían necesario. Sin duda, la mayoría de las cartas tiene un especial interés, porque es posible seguir, en parte, cierto proceso en la configuración de sus obras literarias o críticas. No obstante, las cartas que más interesan, por ser reflejo de un suceso importante en la historia de la academia hispanoamericana, son las que hablan del traslado a El Colegio de México de la *RFH*, que terminaría por ser rebautizada con el nombre de *Nueva Revista de Filología Hispánica*. Sobre esto, véase uno de los artículos que Venier ha dedicado al respecto: “Criatura migratoria (*NRFH*, 1, 1947, núm. 1)”, en la misma revista, 50 (2002), 393-404.

Siempre es provechoso y gratificante seguir a un autor de la trascendencia de Reyes o de Alonso desde su lado más emocional y humano, o compaginado éste con su lado intelectual. Todo ello puede guiar al lector en el acercamiento a su obra artística y erudita. Por eso, gran parte de las cartas recogidas aquí promueven un encuentro más cercano del lector con las figuras de Amado Alonso y Alfonso Reyes, quienes “se asoma[n] en carne y hueso en el filo de una frase. Estilo, hombre” (carta de Alonso a Reyes, 22 de junio de 1947).

JESÚS JORGE VALENZUELA RODRÍGUEZ  
El Colegio de México

CARLOS GARCÍA (ed.), *Discreta efusión. Jorge Luis Borges y Alfonso Reyes. Epistolario (1923-1959) y crónica de una amistad*. Bonilla Artigas-El Colegio de México, México, 2010.

La vasta obra epistolar de don Alfonso Reyes comprende innumerables tesoros para la historia de la literatura mexicana, en particular, e hispánica, en general. En la lista de corresponsales del regiomontano

resalta la figura de Jorge Luis Borges. Antes de que Carlos García reuniera en *Discreta efusión* las misivas conservadas entre ambos, hubo más de media docena de tentativas para coleccionar los testimonios. Las diferencias entre esta publicación y sus predecesoras saltan a la vista: *a)* reúne las 32 cartas conservadas; *b)* ofrece una datación más precisa y una profusa anotación enciclopédica. Y no sólo eso: García supera a quienes lo antecedieron en el plano de la cantidad y, lo más loable, en el de la calidad, ya que su edición contempla muchos documentos adicionales en torno de la amistad Borges-Reyes, verbigracia la correspondencia entre Reyes y otros colegas argentinos: Macedonio Fernández, Evar Méndez, Adolfo Bioy Casares y Juan Manuel Villarreal. A lo largo de esta *ostensiva* edición –en el sentido de que muestra *todo*, o casi todo–, el autor lleva a cabo repetidos excursos que alimentan la reconstrucción de una amistad de más de tres décadas.

Estoy seguro de que todo lector que se acerque a esta voluminosa *Discreta efusión* hallará una suerte de contrasentido entre el modesto título y el invaluable contenido: la edición de García agrupa tanta información, y tan valiosa, que el receptor avanza satisfactoriamente abrumado por la exuberancia de notas, referencias, aclaraciones, en fin, tiene que esforzarse por no perderse entre las múltiples conexiones que establece este generoso libro de senderos que se bifurcan continuamente.

A mi juicio, esta edición de la correspondencia Borges-Reyes responde a un orden estrictamente cronológico que funciona como elemento aglutinador y da sentido a la “crónica de una amistad”. Así, García puede aportar documentos que complementan la crónica central, primero, y la historia de la literatura hispanoamericana, luego, desde una perspectiva que bien podría llamarse “tras bambalinas” o, como diría Genette, desde el *peritexto*: a partir de cartas privadas que adquieren su verdadero sentido en el ágora de la publicación.

Si bien el testimonio más remoto de la referida correspondencia tiene fecha de 19 de septiembre de 1923, en Madrid –una carta en que Reyes acusa recibo de *Fervor de Buenos Aires*–, García empieza su crónica con una visión retrospectiva que remonta su estudio a 1921, cuando se produce lo que podría considerarse como el primer *contacto* entre Reyes y Borges: ambos aparecen en el “Directorio de vanguardia” que Maples Arce incluye al final de *Actual* 1, de ca. diciembre de 1921. En el pasaje dedicado a esta curiosa coincidencia, García también sostiene que dos poemas de Borges fueron publicados en revistas mexicanas con la intervención de Maples Arce: “Ciudad”, en *Irradiador* (núm. 1, septiembre de 1923) y “Forjadura”, en “*El Nacional Ilustrado* de marzo de 1924” (p. 31). Me gustaría, sin embargo, hacer una aclaración: la publicación donde se inserta “Forjadura” se llama *El Universal Ilustrado* y la fecha precisa es el 10 de enero de 1924 (núm. 348, p. 39). Maples Arce coordinaba la página en que se recoge “Forjadura”. Según

pesquisa de Pilar García-Sedas, éste habría empezado a colaborar desde 1924 en *El Universal Ilustrado* con la página *Diorama estridentista*; al compulsar la revista, ésta forma parte de una sección más amplia denominada “Páginas Literarias”. La versión de “Forjadura” pudo ser extraída de *Proa* (1ª época, núm. 2, diciembre de 1922) donde Borges publicó, por cierto, una reseña sobre *Andamios interiores*, de Maples Arce. Al cotejar la versión de *El Universal Ilustrado* con la de *Proa*, ambas coinciden en la falta de puntuación. Respecto de la disposición textual, en la revista mexicana se alinean todos los versos al margen izquierdo, acaso por la estrechez de la caja tipográfica que impidió correr los versos 8-9 y 17-18 hacia la derecha. Con dicho argumento, también difiere de García, quien a continuación arriesga: “«Forjadura» está tomado obviamente de *Fervor de Buenos Aires*, aparecido unos dos meses antes” (p. 32). Sólo hasta la versión de *Fervor de Buenos Aires*, Borges anotó la puntuación correspondiente y ajustó los versos 8-9 de “Forjadura” hacia el margen izquierdo.

Para evidenciar el mérito y, al mismo tiempo, la dificultad de manejar tantos datos con precisión, querría comentar otro detalle que en nada empaña el trabajo de García y sí subraya la necesidad de volver a las fuentes borgeanas una y otra vez: “Fue ‘Ciudad’, en todo caso, la primera publicación de Borges en México, y no, como se afirma aquí y allá, la aparecida en *Contemporáneos* en 1928” (p. 32). Y tiene razón sobre su primer aserto; sobre el segundo, él mismo aporta los datos precisos, con la enmienda del año, páginas adelante: “La Recoleta” no aparece en 1928, sino “en *Contemporáneos* XI.40-41 (México, septiembre-diciembre de 1931, 139-141)” (p. 115).

Sólo como complemento, aparte de los mencionados, agrego otros poemas de Borges publicados en México entre 1923 y 1931: el 27 de abril de 1924, en *Revista de Revistas*, se incluye “Distancia”, dedicado a Elvira Sureda Montaner, y “Aldea”. Ocupan la p. 32, con el encabezado “Estética.-Ultraísmo”. Luego, en *Sagitario. Revista del Siglo XX*, dirigida por el español Humberto Rivas: “Tranvías” (núm. 4, septiembre de 1926) y “Prismas (Acordes-Mendicantes-Ciudad-Pueblo)” (núm. 7, enero de 1927). Hasta aquí mi digresión.

Ahora bien, entre otros asuntos, *Discreta efusión* refiere pormenorizadamente varios eventos de historia literaria y contribuye, por una parte, a erradicar mitos y, por otra, a llenar vacíos: por ejemplo, reconfigura la estancia de Reyes en Buenos Aires y, al mismo tiempo, desentraña la decepción que le produjo el enrarecido ambiente literario que lo obliga a renunciar no sólo a colaborar con la factura de *Libra*, sino a todo, como anota en su *Diario* el 8 de enero de 1930: “Quédense solos y arréglense solos. Yo, para mi colete, he decidido alejarme prácticamente y vivir con la mente en otra parte” (p. 211). Este mismo estado de (des)ánimo aflora en la sentida carta que Reyes escribe a José Ortega y Gasset, donde concluye con una idea semejante:

“me estoy despidiendo de todos los grupos y bandos, desligándome de toda oferta de colaboración” (p. 225). Al parecer, las intromisiones de Evar Méndez en los *Cuadernos del Plata*, las deslealtades de un supuesto amigo de Reyes, Samuel Glusberg, los radicalismos de los grupos en boga y la manía argentina de tomar un anuncio como un hecho fundieron el tan encendido espíritu alfonsino.

Así, García ofrece el relato de los avatares de los paradigmáticos *Cuadernos del Plata* en la literatura argentina y la polémica sobre *Libra*, al tiempo que restituye la verdadera imagen de Buenos Aires en la vida, y pasión, de Alfonso Reyes. Y siempre la generosa abundancia de testimonios: cartas de Evar Méndez, de Bioy Casares, de Guillermo de Torre, de Villarreal, y de Reyes para todos ellos; noticias sobre Reyes y sobre sus empresas literarias en la prensa porteña; escritos de Reyes sobre Borges –artículos, dedicatorias– y viceversa, aparte de las cartas que sirven de pretexto para el gran mural que representa *Discreta efusión*. Por si no fuera bastante, García inserta con perspicacia algunas notas y artículos publicados previamente, verbigracia los dedicados a la relación Reyes-Macedonio o Reyes-editorial Proa; a la publicación de *Cuaderno San Martín*; a la correspondencia Borges-Macedonio y otros más que en la bibliografía tienen la marca aclaratoria de “contenido recogido en este libro” o “contenido recogido, con variantes, en este libro”.

Aun cuando apenas he esbozado un burdo y descabalado recuento de este libro, considero que Carlos García merece un sincero agradecimiento por su incansable labor: *Cartas del fervor. Correspondencia con Maurice Abramowicz y Jacobo Sureda (1919-1928)*, *Macedonio Fernández-Jorge Luis Borges. Correspondencia (1922-1939)*, *Correspondencia Alfonso Reyes/Vicente Huidobro (1914-1928)*, *Las letras y la amistad. Correspondencia Alfonso Reyes/Guillermo de Torre, 1920-1958*, entre otras obras que ha publicado y otras más que tiene en preparación, lo ubican como un desinteresado, pero acucioso editor que indudablemente ha contribuido con sus rescates y precisiones a ver con nuevos ojos a los autores que ha editado.

ANTONIO CAJERO  
El Colegio de San Luis

ANTONIO CAJERO VÁZQUEZ, *Gilberto Owen en “Estampa”. Textos olvidados y otros testimonios*. El Colegio de San Luis, San Luis Potosí, 2011; 106 pp.

En los primeros párrafos de sus *Vidas imaginarias*, Marcel Schwob, en una deliciosa apología del arte biográfico, asegura que la ciencia histórica se ocupa de las acciones humanas en general, mientras que la biografía, por el contrario, acomete el mundo minúsculo de las par-